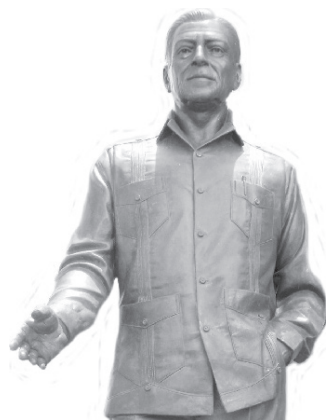




Un rasgo del señor Carranza

(19 de enero de 1964)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2611

DOMINGO 27 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Club 27, mural de Eduardo Kobra en el Lower East Side, Nueva York.



ESCRIBEN: Miguel León, Carlos Ramírez, Azul Sevilla, David Huerta,
Leopoldo Barragán, Ramón Moreno, León Mendoza y Carlos Caco Ceballos.

El club de los 27

Ágora

Me pregunto si yo muriera... ¿Qué pasaría? ¿Habrían de mí tanto como de Jimi? ¡Ja, ja! No es un mal truco para hacerse publicidad, pero no creo que pudiera morir también en 1970. Eso disminuye mis posibilidades porque dos estrellas del rock no se pueden morir en el mismo año. Pero no se preocupen. No voy a morir el mismo año que Jimi Hendrix. ¡Soy mucho más famosa que él!

Esas fueron las palabras que Janis Joplin comunicó en tono de broma a unos amigos al enterarse del fallecimiento del guitarrista Jimi Hendrix, el 18 de septiembre de 1970, sin imaginar que dos semanas después, el 4 de octubre de ese año, ella también perdería la vida, al parecer por una sobredosis de heroína.

Este 2020 se cumplen 50 años del deceso de ambos músicos, que junto a otros dos grandes como Brian Jones y Jim Morrison, el primero el 3 de julio de 1969 y el segundo en la misma fecha pero de 1971, se fueron a otro mundo, uno al que los vivos llamarían El Club de los 27, por haber muerto todos a esa edad en la cúspide de su carrera musical, de una manera trágica y en casos relacionados con el abuso de drogas y alcohol, accidentes inexplicables e incluso el suicidio.

La maldición de la J

Con la pérdida de ese bloque de músicos rockandroleros nace el denominado club, pero el pionero o padrino de este fatídico grupo fue Robert Johnson (1911-1938), el llamado rey del delta blues, un guitarrista que tuvo una influencia definitiva en Elmore James, Muddy Waters, Eric Clapton y Keith Richards, quien falleció de una forma misteriosa a los 27 años en agosto de 1938, después de tocar en un local llamado "Three Forks", en Greenwood, Mississippi. Después de comenzar a sentir molestias físicas, paró de cantar, dejó su guitarra a un lado y salió a la calle. Estuvo perdido durante tres días y, cuando lo encontraron ya estaba muerto. Se dice que fue envenenado, pero no hubo autopsia.

Han surgido muchas leyendas respecto al deceso de todos estos músicos, especulaciones que más allá de ser esclarecedoras, han contribuido a engrandecer el mito sobre el Club de los 27. Una de ellas es la maldición de la J, letra que llevan al inicio de sus nombres o apellidos, como un estigma que acrecentó la sensación de que la muerte los perseguía. Sin duda una extraña coincidencia, pero a la postre, cuando Kurt Cobain se sumó a este grupo en 1994, y Amy Winehouse en 2011, se acabó la supuesta maldición de la jota, pero no en la edad ni en el género musical.

50 Aniversario

Del Club de los 27, corresponde ahora el 50 Aniversario luctuoso a Jimi Hendrix y Janis Joplin, dos figuras que transformaron el rock para siempre, Jimi con la guitarra, y Janis con la voz.

*James Marshall Hendrix, mejor conocido como "Jimi" Hendrix, nacido en Seattle, Estados Unidos, el 27 de noviembre de 1942, es considerado el más grande guitarrista en la historia del rock and roll y el blues eléctrico. En el año 2003 la revista *Rolling Stone* lo escogió, de hecho, como el mejor guitarrista de todos los tiempos, al igual que las revistas *Total Guitar* y *Time*, que lo situaron por encima de otros notables exponentes de ese instrumento como Chuck Berry, B.B. King, Eric Clapton, Jimmy Page y Keith Richards. Los 4 discos que sacó con su banda, The Jimi Hendrix Experience, además

de sus recordadas presentaciones en los festivales de Monterrey, Woodstock y las isla de Wight, lo convirtieron en uno de los músicos más innovadores y completos de la época, transformándolo en un pionero de la guitarra eléctrica (su virtuosismo era tal que la tocaba hasta con los dientes). La idea de Hendrix siempre fue la de crear texturas y sensaciones sonoras naturales, que fluyeran gracias al uso de nuevas técnicas con su guitarra, instrumento que, según los críticos, "formaba parte de su cuerpo".

Pero la triunfal carrera de Hendrix se cortaría abruptamente en Londres, Inglaterra, la noche del 18 de septiembre de 1970. Después de acudir a una fiesta, su novia lo fue a buscar para dejarlo en un hotel Samarkand. Hendrix, que ya estaba totalmente bebido, tomó en su pieza una decisión fatal: ingirió nueve pastillas para dormir. La mezcla de somníferos y alcohol fue totalmente contraproducente, y Hendrix cayó presumiblemente desvanecido, muriendo después por la aspiración de su propio vómito. Posteriormente, se especuló que Hendrix no había muerto en ese momento, sino que cuando lo llevaban

en la camilla: cuando necesitó girar la cabeza para vomitar en el suelo, uno de los enfermeros habría colocado su cabeza sobre la camilla, provocando así su atragantamiento y fallecimiento (también se especuló que su manager, Michael Jeffery, quien iba a ser despedido por el músico, le había hecho tomar pastillas y grandes cantidades de vino, para provocarle la muerte y cobrar el millonario seguro que estaba a su nombre). Lo único cierto es que el mundo de la música había perdido a uno de los grandes y el "Club de los 27" ya tenía a otro miembro.

*La cantante Janis Joplin, símbolo femenino de la contracultura de los revolucionarios años 60 y la primera mujer en ser considerada una gran estrella del rock and roll y el blues, nació en Texas el 19 de enero de 1943 y desde muy temprano llamó la atención por la calidad de su voz y la visceral intensidad de su interpretación. Luego de alcanzar la fama y después de que se enterara de la muerte de Jimi Hendrix, nunca pensó que ella también tendría

una cita con la muerte y que ésta iba a producirse menos de un mes desde del fallecimiento de Hendrix.

El sábado 3 de octubre de 1970, cuando Janis Joplin se aprestaba a grabar las partes vocales de la canción "Buried alive in the blues", en un estudio de Los Ángeles, se retiró a su habitación en el Landmark Motor Hotel. Como la cantante no se apareció en el estudio al día siguiente, según lo acordado con el productor, sus amigos decidieron visitarla en el hotel, pero, al entrar a la habitación, la encontraron muerta, tirada en el suelo a un lado de su cama. La causa oficial de su deceso fue una sobredosis de heroína, probablemente bajo los efectos del alcohol. Joplin había comenzado como cantante de la banda Big Brother and The Holding Company y ya la consideraban un prodigio de la música, con suficiente poder y talento para cambiar la escena musical y generar un cambio con su voz áspera y su sonido de blues melancólico. Tras su deceso fue incinerada y sus cenizas esparcidas desde un avión en el océano Pacífico.

COLOFÓN ¿Habrán más miembros en el Club de los 27? Esperemos que no, aunque por la edad sí los hay pero de diferentes disciplinas artísticas, como el caso de actores, poetas y músicos de otros géneros musicales. Por tanto, no son de este club. Lo lamentable es que cada vez son menos los talentos en el rock, sin el resurgimiento de nuevas bandas pareciera que poco a poco se extingue el género. Si acaso ello implicara una muerte prematura, desde el otro mundo ya les aplauden.

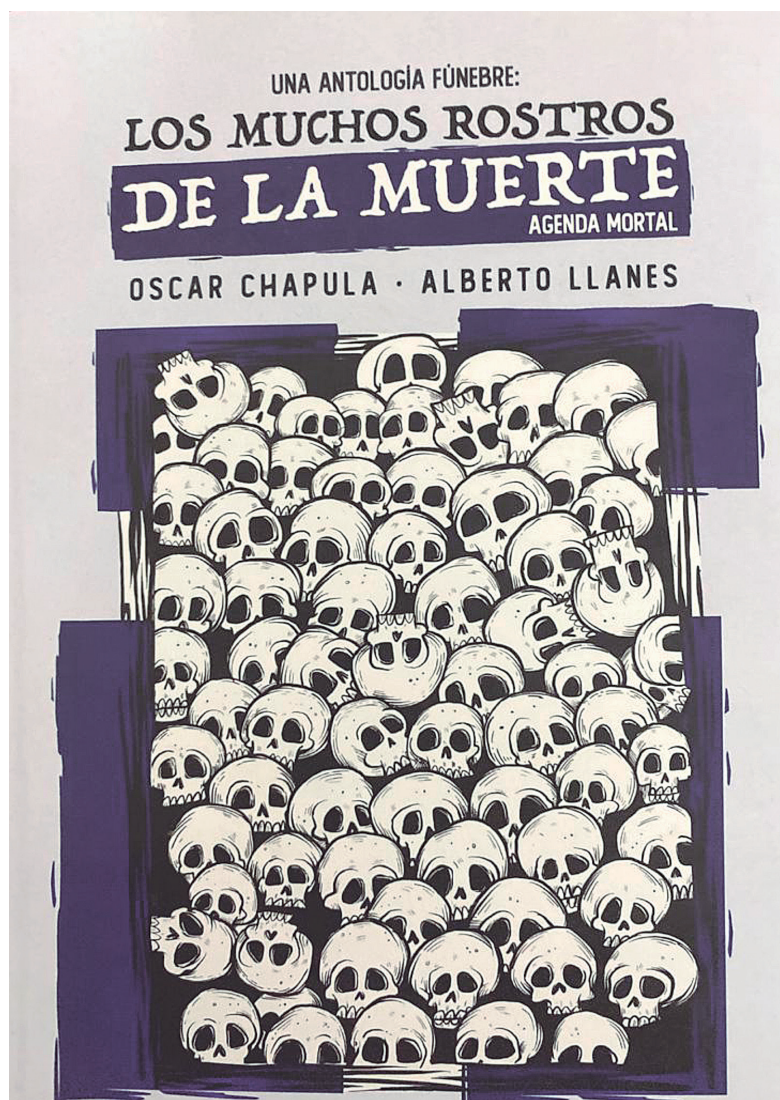




Leer bajo el volcán

Carlos Ramírez Vuelvas

Divertidos, amigables, sencillos, los textos de *Una antología fúnebre: los muchos rostros de la muerte*, escritos por Óscar Chalupa y por Alberto Llanes, no le exigen al lector otra condición, que sentarse en el sillón cómodamente, para pasar un rato divertido mientras te enteras de las muertes más inverosímiles de la vida real. El punto no es ni la fama de los personajes, ni los motivos de sus muertes, sino el hecho mismo de su muerte: en un campo deportivo, en un castillo medieval o en la calle, en medio de una multitud azorada, la Antología fúnebre está hecha para morirse de risa. Los invito a leer este libro impreso en el tremebundo 2020. Los invito a leer literatura colimense.



Vacía

Miguel Ángel León Govea

Cuando estoy inundada de ganas de decir algo
me ahogo en la poesía,
termino con mi carne blanda
derrotada de asfixia.
Cuando estoy inundada de ganas de gritar algo
pienso en la justicia
como quien reza afuera de una catedral cerrada.
Cuando quiero rezar a algo,
pienso en la fe como en una llama
que me permite ver lo que no existe
y no existe.
Es decir,
que cuando quiero llorar con las palabras
regreso vacía a mi habitación vacía,
quiero cantar
pero el eco
no cuelga en mi desesperanza.
Entonces
estoy vacía,
con unas ganas tremendas
de dirigirle a cualquier medusa
la mirada.

Tú

Azul Sevilla

Te descubrí así,
como Dionisio, único
dios de mis versos.



Dos sátiros, de Peter Paul Rubens.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un rasgo del señor Carranza

Don Manuel Sánchez Silva

(19 de enero de 1964)

A principios de 1915 don Enrique Ceballos condujo a su señora esposa a Guadalajara, a fin de consultar médicos especialistas en el mal que la venía aquejando. Por desgracia, el diagnóstico resultó fatalista: tuberculosis en la laringe, en condiciones tan desarrolladas que descartaban toda posibilidad de curación.

Con la profunda pena de saber que estaban contados los días de su esposa, don Enrique regresó a Colima y poco después se trasladó a Cuyutlán, a fin de satisfacer los deseos de la señora, quien le había dicho con esa resignación propia de los condenados a muerte:

—Llévame a Cuyutlán. Quiero ver por último la “ola verde”, antes de que me vaya para siempre...

Después de pasar una larga temporada en Cuyutlán, don Enrique decidió el retorno a Colima, pero fueron pasando los días sin que se presentara la ocasión de hacerlo, pues en aquel tiempo no había camino de automóviles y el servicio ferroviario estaba sujeto a continuas interrupciones, tanto por las exigencias de la Revolución, cuyos jefes requisaban a diario los equipos rodantes para la movilización de sus fuerzas, como por la inseguridad reinante, que exponía los viajes a frecuentes asaltos, descarriamientos intencionales y toda clase de fechorías.

En abril de ese año vino por segunda vez a Colima el señor Carranza, primer jefe del Ejército Constitucionalista, quien, deseoso de comprobar los elogios escuchados respecto a la belleza de nuestras costas, ordenó al personal de su tren ponerlo en marcha hasta Cuyutlán.

En esa población, consistente en aquel tiempo en no más de 100 chozas de palapa y una que otra construcción de “coliguana” y pajarete, don Venustiano y sus acompañantes disfrutaron del espléndido paisaje tropical y de las delicias del baño de mar, y poco antes del anochecer se instalaron de nuevo en el coche presidencial para regresar a Colima.

Con el aplomo que es innato en don Enrique Ceballos, subió al carro del señor Carranza y después de saludarlo respetuosamente le expresó el objeto de su intempestiva visita:

—Señor, soy un comerciante de Colima cuya mujer está enferma y desahuciada. Por la salud de ella y los negocios míos, nos urge volver a Colima, pero no podemos hacerlo por carencia absoluta de transporte. Yo sé que es una impertinencia lo que voy a pedirle pero la necesidad me obliga a ello: ¿sería posible que se nos hiciera un campo?

Al acabar de hablar don Enrique, el señor Carranza se volvió hacia el oficial del Estado Mayor:

—Encárguese usted de que este señor y su familia se instalen en el carro de telégrafos...

Luego, dirigiéndose a don Enrique, le dijo sonriente:

—Está usted servido... Tráigase a su familia porque nos vamos luego...

Salió don Enrique del tren presidencial y se dirigió a la playa en busca de su familia.

El tramo comprendía más de un kilómetro de arena suelta. Con la premura que el caso exigía se preparó violentamente el equipaje, y don Enrique, su señora e hijos y dos sirvientes abordaron el tren presidencial hora y media después de que el señor Carranza había autorizado el viaje.

Don Venustiano estaba impaciente y sus ayudantes le habían estado insistiendo en que ordenara la salida del tren, pero el primer jefe, que había visto la angustia de don Enrique, prefirió alterar el itinerario original y tal vez sus acuerdos de ese día, antes que defraudar al señor Ceballos y escatimarle la ocasión de aprovechar los medios para llegar a Colima.

Ese antecedente creó en don Enrique un sentimiento de afecto y gratitud hacia el señor Carranza.



Con la profunda pena de saber que estaban contados los días de su esposa, don Enrique regresó a Colima y poco después se trasladó a Cuyutlán, a fin de satisfacer los deseos de la señora, quien le había dicho con esa resignación propia de los condenados a muerte: Llévame a Cuyutlán. Quiero ver por último la “ola verde”, antes de que me vaya para siempre...

Libros y otras cosas

Pensar en Altamirano

David Huerta

A penas cumplidos mis 20 años, acepté la encomienda de compilar una antología de cuentos mexicanos del siglo XIX. José Emilio Pacheco me encargó el trabajo y él mismo me ayudó, verde como yo estaba, a que la obra resultara legible. El libro antológico *Cuentos románticos* se publicó en 1973 en la colección Biblioteca del Estudiante Universitario, dirigida por Pacheco, y de entonces a esta parte ha tenido un extraño éxito, casi exclusivamente en el ámbito escolar; ha sido reeditado algunas veces y se lee y se estudia en los salones universitarios.

Trabajé muchas jornadas en la antigua Hemeroteca, ubicada por entonces en el antiguo convento del Carmen; la maestra María del Carmen Ruiz Castañeda me orientaba y me auxiliaba mucho. Tarde y mañanas enteras me sumergí en las publicaciones beneméritas del siglo XIX mexicano. Me asomé, desde luego, a la extraordinaria revista hecha en 1869 por

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893): *El Renacimiento*. En 1963, Huberto Batis había publicado los índices de esa revista: su libro fue un instrumento muy útil en mi modesta investigación.

Uno de los escogidos para la antología fue, naturalmente, el propio Altamirano; de él escogí el cuento "Atenea". Leí incontable páginas suyas. En las páginas de *Cuentos románticos* conviven sin discordia los escritores liberales (Vicente Riva Palacio, Guillermo Prieto) con los escritores conservadores (José María Roa Bárcena, José

Joaquín Pesado); como en *El Renacimiento*, donde estuvieron unidos en torno al designio postulado por Altamirano: buscar las bases de una literatura nacional.

La política de Altamirano fue tan liberal como romántica fue su poética. Estuvo al lado de Benito Juárez en momentos difíciles y cuando lo juzgó conveniente se le opuso con buenas razones. Nadie puede negarle integridad moral y coherencia política.

En la nomenclatura del gobierno actual, el movimiento de Reforma vendría a ser la segunda transformación. En ella, Ig-

nacio Manuel Altamirano tuvo un papel central. Uno de sus méritos en *El Renacimiento* fue la voluntad de concordia y de diálogo: los enemigos en la guerra y en la política estarían juntos en los trabajos literarios y culturales. ¿Por qué? Porque los vencedores liberales tenían grandeza de ánimo, temple moral y un sentido de nación claro y definido: no estaban dispuestos a encontrar las viejas heridas; querían un país sano y

afirmativo, no un campo de venganzas irritadas y querellas sin fin. De ahí la hospitalidad para los escritores conservadores de la más grande y valiosa revista mexicana.

En estos días he pensado mucho en Ignacio Manuel Altamirano. Volví a leer los versos de "Los naranjos", el poema suyo que más me gusta. Pienso en él con una nostalgia intensa, articulada en torno a lo que sé de él y de él he leído: ojalá que su espíritu encarnara en alguien capaz de emprender una empresa como *El Renacimiento*. Pero no; no es posible. Es una lástima.



Los naranjos

Ignacio M. Altamirano

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.

Del mamey el duro tronco
Picotea el carpintero,
Y en el frondoso manguero
Canta su amor el turpial;
Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.

Deja el baño, amada mía,
Sal de la onda bullidora;
Desde que alumbró la aurora
Jugueteas loca allí.
¿Acaso el genio que habita
De ese río en los cristales,
Te brinda delicias tales
Que lo prefieres a mí?

¡Ingrata! ¿por qué riendo
Te apartas de la ribera?
Ven pronto, que ya te espera
Palpitando el corazón
¿No ves que todo se agita,
Todo despierta y florece?
¿No ves que todo enardece
Mi deseo y mi pasión?

En los verdes tamarindos
Se requiebran las palomas,
Y en el nardo los aromas
A beber las brisas van.

¿Tu corazón, por ventura,
Esa sed de amor no siente,
Que así se muestra inclemente
A mi dulce y tierno afán?

¡Ah, no! perdona, bien mío;
Cedes al fin a mi ruego;
Y de la pasión el fuego
Miro en tus ojos lucir.
Ven, que tu amor, virgen bella,
Néctar es para mi alma;
Sin él, que mi pena calma,
¿Cómo pudiera vivir?

Ven y estréchame, no apartes
Ya tus brazos de mi cuello,
No ocultes el rostro bello
Tímida huyendo de mí.
Oprímanse nuestros labios
En un beso eterno, ardiente,
Y transcurran dulcemente
Lentas las horas así.

En los verdes tamarindos
Enmudecen las palomas;
En los nardos no hay aromas
Para los ambientes ya.
Tú languideces; tus ojos
Ha cerrado la fatiga
Y tu seno, dulce amiga,
Estremeciéndose está.

En la ribera del río,
Todo se agosta y desmaya;
Las adelfas de la playa
Se adormecen de calor.
Voy el reposo a brindarte
De trébol en esta alfombra
De los naranjos en flor.



Plato, Platón y Plotino

Leopoldo Barragán Maldonado

El pasado jueves 17 de septiembre, en conocido restaurante ubicado en las proximidades de la zona mágica comalteca, nos reunimos un grupo de amigos con la finalidad de convivir y compartir exquisitos platos de chilaquiles colimotes, en una especie de ágape filosófico, a la manera del banquete platónico donde Sócrates, Apolodoro, Agatón, Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes y Alcibiades, se congregaron para disertar acerca del *eros*. Pero a diferencia de aquellos griegos, Gabriel, Carlos, Ernesto, Jesús, Julio, y quien estas líneas escribe, acompañados por nuestras parejas, nos dimos cita no para hablar del amor —porque del amor no se habla, simplemente se vive— sino por el gusto de filosofar, porque como bien lo dice Plotino, en su *Enneada tercera*: “Las acciones tienen su fin en el conocimiento y todo deseo es deseo de conocer”; por algo Platón, en su diálogo *Simposio*, pone en boca de Erixímaco la exhortación de pasar del agasajo de la comida al agasajo de las palabras.

A propósito de comilonas y francachelas, conviene distinguir entre lo que los helenos llamaban *syssitia* (comida común), es decir, una fiesta que se organizaba únicamente para comer sin límite alguno, que era frecuente en las reuniones políticas espartanas; y por otro lado, el *symposion*, un banquete que adquiría dos modalidades: el *deipnon* o *syndeionon* (la comida principal) y el *sympotos* (bebida en común) evento en que el *simposarca* era fundamental al ser el encargado de repartir los néctares y controlar a los ebrios. La mejor de las comidas es siempre sincrónica, es decir, aquella en que alimentamos el cuerpo y el alma simultáneamente, la cual está al alcance de la mano cuando logramos intercambiar energías y vibraciones positivas mediante la conversación. Si la palabra es alimento, el diálogo es su complemento nutricional. Así como los alimentos deben ser balanceados, del mismo modo pensamientos y emociones tienen que guardar equilibrio. Si se dice que ‘somos lo que comemos’ —al menos en su sentido pitagórico— es porque transformamos los pensamientos en bocados. Comemos proporcionalmente en la medida de nuestras emociones, llevándonos al estómago tristezas y alegrías.

Cuando nos sentamos alrededor de una mesa es recomendable establecer un campo de atracción magnético en que las energías se estimulen e incrementen. El medio ambiente juega un papel preponderante en la generación de buenas vibras entre los comensales; plantas, árboles y animales participan, directa o indirectamente, en la transmisión de vibraciones positivas haciendo más agradable cualquier reunión y armonizando la convivencia. Hace más de 23 siglos que Plotino se anticipó a las modernas teorías de la vibración de la naturaleza, al enfatizar: “Si este principio (*dynamis*) no existiese, nada existiría: ni la inteligencia, ni la vida primera ni ninguna otra. Digamos que se halla por encima de la vida, y es también causa de la vida”. No es lo mismo tomar un café entre cuatro paredes, que entre cuatro árboles, como tampoco es igual

comer una pieza de pan teniendo como techo una loza, que la bóveda celeste. Plotino nos legó un concepto bastante significativo, dice el filósofo egipcio: “en las plantas son razones las que realmente actúan, debiendo considerar a la naturaleza como una razón que produce otra razón”. Al cultivar una planta abrimos la puerta de otra dimensión, ¿será por ello que muchas personas tienen la costumbre de hablar con las plantas?

Entre sorbos de café, y rodeados de árboles, plantas y animales, nos fusionamos por algunos momentos como una parte del alma del mundo. Platón, refiriéndose a las almas de los hombres, señala en su diálogo *Timeo*: “Dios nos la ha dado como un genio divino (...) y ella es la que, en razón de su parentesco con el cielo, nos eleva por encima de la tierra, siendo nosotros, como lo somos, una planta no terrestre, sino celeste”. ¿Puede dudarse de que somos seres espirituales conectados energéticamente con el universo, y peregrinos afanosos en busca de la divinidad? Todo es cuestión del nivel de conciencia en que nos ubicamos. Plotino, siguiendo a su admirado Platón, comenta: “podemos seguir al demonio que está por encima de nosotros, tendemos hacia arriba en convivencia con él y, entonces, este demonio se convierte en nuestra parte mejor, a la que concedemos gobierno (...) porque el alma es una multiplicidad y es también todas las cosas, tanto las de arriba como las de abajo, en toda la extensión de la vida”.

En torno al pequeño círculo de amigos, diferentes demonios rondaron por nuestra mesa, la idea no era hablar del *eros*, como aquellos filósofos, sino dejar libres a los geniecillos para que hicieran fiesta, ya que al ser atraídos por el ideal de la *philia*, seguramente nos encaminarían por las escaleras platónicas, llevándonos a las puertas de otras dimensiones e ingresando a mayores niveles de conciencia. El proceso dialógico de ascensión inició con las opiniones referentes a la obra de J.J. Benítez, titulada *Caballo de Troya*, donde narra el proyecto de la Armada Norteamericana, al crear una máquina del tiempo, permitiéndole a uno de sus oficiales viajar hasta el siglo I, encontrándose con Jesús de Nazareth. La presencia de nuestro amigo Carlos, especialista en cuestiones numerológicas, metafísicas y cuánticas, nos permitió incursionar por los senderos de la espiritualidad, abordando la temática referente a la existencia de Dios, de la Virgen y los Ángeles. Asimismo, debatimos acerca de los merecimientos que, o por regalo divino o por esfuerzo personal, llegamos a poseer, subrayando la importancia de la productividad material y económica de los calvinistas. Ya que andábamos arañando estos tópicos, separamos los conceptos de divinidad teológica y antropológica, destacando la posibilidad de conceder el título ‘santo’ a cualquier persona portadora de poderes, capacidades y dones especiales. Lo más importante de aquel ágape fue que gracias al diálogo y a la socialización de experiencias, nos facilitó conectarnos con nuestra conciencia, así como Plotino lo explicó: “de ahí que el hombre sabio saque de sí mismo lo que descubre a los demás, porque es hacia sí mismo a donde mira”.



Cuando nos sentamos alrededor de una mesa es recomendable establecer un campo de atracción magnético en que las energías se estimulen e incrementen. El medio ambiente juega un papel preponderante en la generación de buenas vibras entre los comensales:

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XXIII

La construcción de los bergantines

Ramón Moreno Rodríguez*



En el mes de septiembre de 1520, Martín López, carpintero de la mar, ayudado por otros artesanos del mismo oficio cuyos nombres se conocen, dirigieron en Tlaxcala la construcción de trece bergantines. Concluidas las tablas hacia finales de año, fueron llevadas en hombros a Texcoco. Las naves se armaron y concluyeron ahí y luego se lanzaron a las aguas de la laguna. Estos hechos, sin duda sorprendentes, han sido motivo de grandes elogios para Cortés y razón para comparar al extremeño con otros célebres conquistadores, en primer lugar con el emperador romano Julio César.

Entre los estudiosos de la conquista española en América hay una tendencia en algunos especialistas en hacer la apología sin cuento del extremeño; y lo mismo ha sucedido con los paralelismos hechos con otros guerreros, como ya queda dicho. No opinaremos ahora de eso, lo dejaremos para más adelante. Lo que ahora pretendemos hacer es un recuento de dicha fábrica.

Lo primero que tenemos que decir, que no fue un hecho milagroso que hubiera entre los hombres de Cortés alguien que pudiera construir naves, más bien, era obligado que uno o dos expertos en estas artes viajaran en las flotas que atravesaban el océano. Así como en las bodegas de las naos venían mercancías, velas, jarcias, alimentos, también venía madera para hacer cualquier reparación que se pudiera necesitar durante el viaje. Imposible que no viajara un carpintero, era como no viajar con agua. Las reparaciones más frecuentes se hacían en los palos que sostenían el velamen o reconstruir el astillado timón que le daba dirección a la embarcación. Por ejemplo, el timón no era sino una larga viga que dirigía una o dos palas que producían el efecto de dar dirección a la nave, como ya dijimos. Como en las tormentas esta viga sufría grandes presiones para sostener el rumbo deseado, con frecuencia se astillaba y no había más remedio que hacer una nueva.

Nada es de generación espontánea ni milagrosa, siempre hay un antecedente. Por ejemplo, Cortés y sus hombres ya habían construido bergantines en Veracruz y para Moctezuma construyeron otro para que surcase las aguas de Texcoco. Pues bien, los carpinteros desarmaron uno que tenían en Quiahuitlán y con la cuaderna limpiamente separada en sus piezas, se las entregaron a los carpinteros tlaxcaltecas para que fabricaran tantas como decidieron, que ya dijimos, fueron trece.

La cuaderna es el costillar de las naves y sus curvas líneas prefiguran la densidad y arrastre que llegue a tener la embarcación. El oficio de carpintero existía en el México prehispánico y cortaban y aserraban los árboles con hachas de piedra y cobre. Y claro, con paciencia y arte, pues aquellos instrumentos no tenían la versatilidad de los hispanos, que por otro lado, Martín López tenía consigo. Es decir, instrumentos hispanos para fabricar naves hispanas, se dispusieron desde un primer momento.

Si asombrosa fue la construcción, no menos maravilloso fue el traslado. Poco más de cien kilómetros separan una ciudad de la otra. Parece historia de fábula y la literatura ha recreado muchas veces esas hazañas titánicas de trasladar palacios,

esculturas, teatros, naves o puentes de un extremo a otro, de la orilla de una cañada a la otra. Fitzcarraldo hace que entre en la amazonia un barco, Humboldt hace que ciertos gigantescos yesos atraviesen la Sierra Madre Oriental para ser llevados a la Ciudad de México (donde se conservan todavía), o Julio César hace construir en las Galias un inusitado y fabuloso puente. En sus excesos del realismo mágico, los personajes alucinados de Juan José Arreola desarmen un tren y lo vuelven armar del otro lado de una cañada. En fin, epopeya pura.

El hecho es que en un barrio al poniente de Texcoco se instala Martín López y sus indios carpinteros, fabrican un muelle y arman los trece pequeños barcos. Doce metros de eslora miden en promedio, aunque de la nao capitana se sabe que medía dieciséis. Las proezas no terminaron aquí, pues la orilla del agua se encontraba a cuatro kilómetros de distancia, por lo tanto, fabricaron un canal para conducir por él las naves y hacerlas surgir en las aguas lacustres.

Fue una obra no menos sorprendente. Veamos. Construyeron un canal recto de cuatro kilómetros de longitud, cuatro metros de profundidad, ocho de ancho cubierto de estacas su fondo y protegido sus márgenes por una albarrada o valladar. Todo esto fabricado en cincuenta días, según cuenta el cronista de Cortés, Francisco López de Gómara.

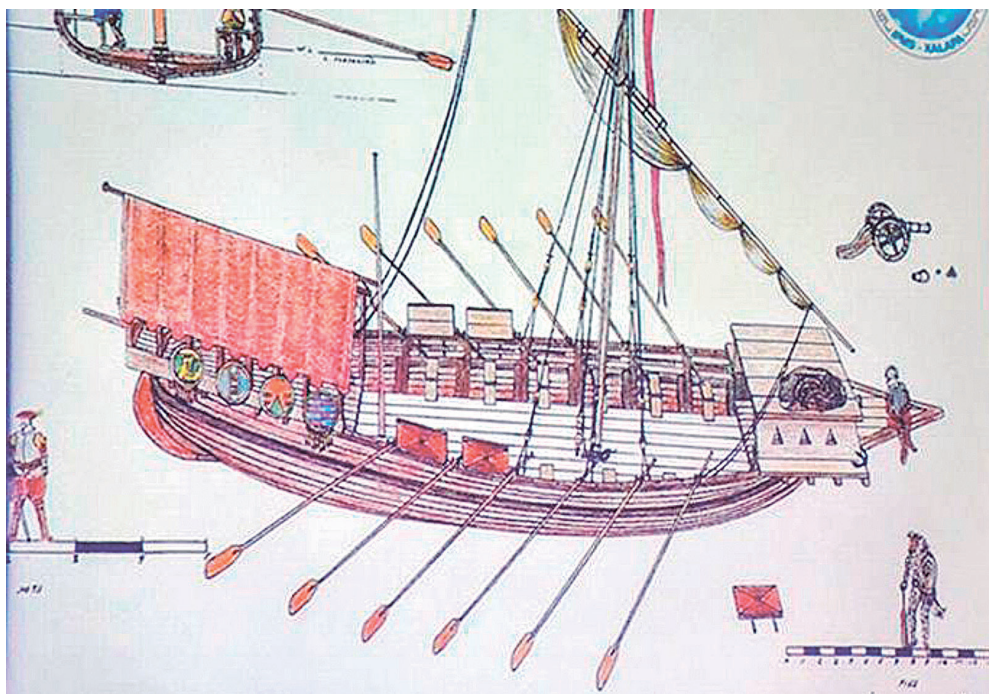
Como ya se dijo, nada surgió de la nada, siempre hay un antecedente, en este caso, un canal de riego que quizá conducía a la laguna las aguas de los deshielos del Iztaccíhuatl. Pero eso no importa, la ampliación de dicho canal no deja de ser sorprendente. Al iniciar el año nuevo, se emprendió el ensamblaje de las tablas con los costillares y para el mes de mayo los bergantines ya surcaban libérrimos las aguas de la laguna. Es decir, nueve meses les tomó fabricar dichos artilugios.

Por mucho tiempo se conservaron dichas naves como testimonio de las grandes hazañas cortesianas. Al concluir la toma de la Ciudad de México en el año siguiente de 1521, se construyó una atarazana o cobertizo en el barrio que hoy se conoce como La Merced. Cuando finalizaba el siglo XVI, los virreyes

daban testimonio de la existencia de tal construcción y de tales naves. Se pensó en su momento que ese sería el puerto de entrada a las mercancías venidas de ultramar y que dicha atarazana y dichas naves aportarían grandes beneficios a la naciente colonia. No fue así, todo ello se perdió con el paso del tiempo y el olvido. Por ejemplo, se ignora el lugar exacto donde estuvieron esos muelles a pesar de que existen ilustraciones y mapas de la Ciudad de México que los representan.

En fin, que este hecho, esta proeza, es motivo para comparar a Cortés con Julio César, cuando en la conquista de las Galias mandaba construir a sus hombres inusitados puentes para atravesar el río Rin.

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.



Réplica de una de las embarcaciones que usó Hernán Cortés.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Miscelánea de comentarios

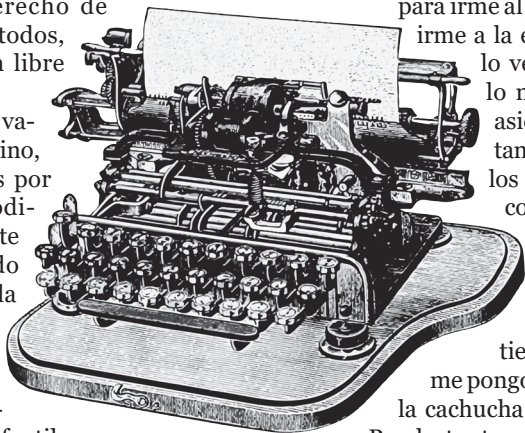
Carlos Caco Ceballos Silva

INVIerno 1993. El derecho de disentir es básico para todos, pues todos nacimos con libre albedrío.

Desde luego casi todos lo vamos dejando a un lado del camino, unos por conveniencia, otros por necesidad y otros por comodidad; pero no hay duda que este derecho es el más combatido desde que le sacaron la costilla a nuestro padre Adán y desde aquellos ayeres ha creado toda clase de conflictos, desde las dificultades familiares, diferencias conyugales, pleitos infantiles, guerras futbolísticas, guerras de verdad, conflictos por límites, etcétera, etc., pero eso sí, es tan necesario e imprescindible que si no lo hubiera, todos fuéramos unos parias, unos objetos que nacen, viven y se van sin dejar huellas, pues nunca usaron de sus ideas ni de sus pensamientos. Así es como muchas cosas, el derecho de disentir lo debemos usar, pensándolo muy bien y usándolo debidamente, algunas veces con fuerza y entusiasmo y otras veces con moderación, pues así conviene a la comunidad o a nuestro pueblo.

En estas líneas van mis mejores deseos y mis más grandes esperanzas. Para lograr la paz, la tranquilidad y la armonía en las naciones, en las comunidades o en los hogares, es necesaria la comprensión, pues precisamente en esta cualidad se encuentran los caminos que disculparán nuestros errores, las faltas y equivocaciones del amigo, del compañero, del jefe o del mandadero, del marido o del vecino. Mis mejores ilusiones y mis más grandes aspiraciones radican en que la comprensión llegue a incrustarse en la vida de todos nosotros para que los momentos penosos, tristes y mortificantes que todos tenemos, se atenúen con la visita del vecino, con las palabras del amigo, con los apoyos del conocido, o con los auxilios familiares. Encontrando la comprensión y apoyándose en ella disculparemos los errores, las fallas y equivocaciones de nuestros semejantes, y ellos por igual sabrán perdonarnos nuestros yerros y desatinos. En la vida siempre habrá pequeños brotes de buena voluntad que se manifiestan en ceder, transigir y estas manifestaciones nos conducirán a ver y encontrar en la vida la placidez y tranquilidad que todos anhelamos.

Me han comentado que unas personas muy moralistas, púdicas y muy lejos del pecado mortal, se han echado a cuestras la tarea de procurar que el verbo “coger” se vaya sustituyendo por los verbos “agarrar”, “asir” o “tomar”, pues explican que el antes citado verbo se ha prestado para hacerlo malicioso, arrabalero y deseoso. Por supuesto que yo no lo pienso así... Será por mi edad, pues desde niño recuerdo: que “cogía” mi vaso de leche para desayunar, “cogía” mis patines



para irme al jardín y “cogía” mis libros para irme a la escuela, etcétera, etc., y nunca lo veía mal. En mi juventud pasó lo mismo, usé el verbo con más asiduidad, entusiasmo y alegría, y tampoco lo vi mal. Ya en la edad de los compromisos lo seguí usando con más moderación, y ahora ya de viejo me pasa como cuando era niño: “cogí” el vaso de leche para merendar, “cogí” las llaves para venirme abrir la tienda, y si amanece frillito el día me pongo mi chamarra y me encasqueto la cachucha para no “coger” un resfriado.

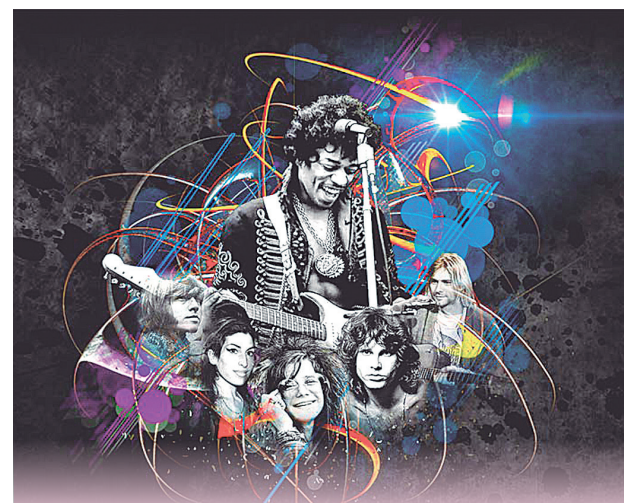
Por lo tanto, pienso que los que piensan o se ríen maliciosamente cuando se habla del verbo “coger” son mentes maliciosas y cochambrosas. ¿No lo cree usted?

La ingratitud encierra muchos sinsabores, desilusiones y esperanzas fallidas. Todos y cada uno de los humanos la padecemos, unos menos, otros más, pero en nuestras vidas siempre aparece tarde o temprano la terrible y triste experiencia que nos hace sentirnos tristes, desilusionados y amargados. En mi larga y azarosa vida he tenido la horrible visita de ella, pero a Dios gracias no muy seguido, posiblemente porque mis amigos y conocidos en su gran mayoría han sido conscientes, éticos y responsables. En la política es de lo más natural encontrar personas que andan tras la ilusión o interés de un trabajo y se obsesionan en ayudar y apoyar al candidato, pero pasan los días y el elegido, ya arriba, se olvida de los que le ayudaron a encaramarse en el puesto que ansiaba y éste se concreta a saludarlos. Yo en mis tiempos de rico, avalé muchos documentos, escrituré terrenos para que los urgidos pudieran obtener créditos agrícolas, les facilité dinero, todo ello sin intereses, afortunadamente casi todo me fue liquidado y devuelto, aunque dos o tres olvidados y un poquitín de ingratos como excepción a la regla, me fallaron.

Y sobre la risa, la hermosa y alegre manifestación de contentamiento es común y normal en todas las edades, razas y capas sociales. Nos reímos de los chistes, de lo que pasó, del enredo en que se vio fulanito; sonreímos complacidos cuando nos felicitan, cuando le pegamos al “gordo”; sonreímos orgullosos cuando presumimos haber conquistado a una hermosa hembrita o bien cuando salimos airoso de un mal entendido. Sonreímos cuando ganamos en la “pula”, dejando a las jugadoras en primera, y a carcajadas cuando nos platican cuentos verdes, rojitos o multicolores. Recuerdo sonriéndome cuando de niño mi nana me hacía “cosquillitas”.

Y como siempre, para que el corrector no me lo recorte por larguito hasta aquí lo dejo y si Dios quiere ya nos veremos el próximo domingo.

* Empresario, historiador y narrador. †



50 años

León Mendoza

Jimi Hendrix 1970-2020

Fuiste la imagen

de esas notas de nostalgia

en una melodía donde las cuerdas

rasgaban el cielo y el infierno

habitado por una lluvia púrpura

donde el grito de Hey Joe

allanaba los muros y rincones

en un Seattle que se pintaba

de música con pequeñas alas

para un personaje ígeno

lleno de tráfico en Crosstown

donde soñaste ese blues

para la tierra antes de partir